

ISABEL BARDAJÍ (*)

EDUARDO RAMOS (**)

Retos y oportunidades para la agricultura española en el nuevo escenario de codesarrollo

1. INTRODUCCIÓN: ESPAÑA ANTE LA NUEVA POLÍTICA EUROMEDITERRÁNEA

La Conferencia sobre la Paz y la Seguridad en el Mediterráneo celebrada en Barcelona en noviembre de 1995, marca un punto significativo en el establecimiento de una nueva política mediterránea, cuyas líneas maestras llevaban ya tiempo diseñándose en la Comisión Europea y fueron aprobadas en la cumbre europea de Esse celebrada en diciembre de 1994. Este hecho refleja, como señala Emilio Fontela en un artículo de este número monográfico, el comienzo de una etapa de reforzamiento de las relaciones exteriores para la Unión Europea. Asistimos en los momentos actuales, al paso de una etapa en que la prioridad estaba en la profundización del mercado interior a otra en que lo es el reequilibrio de este objetivo con las relaciones exteriores, y en particular con el diseño y establecimiento de políticas específicas con las áreas fronterizas: el centro y el este de Europa, y la ribera del sur del Mediterráneo. En un mundo crecientemente influido por la liberalización de los intercambios y por la política de bloques regionales, el futuro de la Unión Europea pasa ineludiblemente por

(*) Departamento de Economía y Ciencias Sociales Agrarias. ETSI Agrónomos de la Universidad Politécnica de Madrid.

(**) Departamento de Economía Agraria de la ETSI Agrónomos y Montes de la Universidad de Córdoba.

el mantenimiento de una estabilidad en su entorno geográfico, resultando básico para ello el crecimiento y desarrollo económico de estas zonas.

Dentro del diseño de unas nuevas relaciones con el sur, el objetivo de alcanzar en un plazo de 15 años una gran zona de libre cambio se enfrenta a obstáculos y dificultades. La política europea hacia esta zona ha sido, históricamente, muy poco homogénea. Los objetivos nacionales de cada país hacia, en ocasiones, sus antiguas colonias han primado sobre la definición y establecimiento de una estrategia común europea. Por otra parte, es difícil considerar a los países del sur del mediterráneo como una zona homogénea y articulada. El diferente marco social y económico, junto con los distintos escenarios de política interior amenazados en muchos países por el crecimiento del fundamentalismo islámico, hace que casi el único factor común entre estos países sea el Mediterráneo, con todos los condicionantes y limitaciones productivas que esto implica, en particular para la agricultura.

La mediterraneidad que comparten las dos riberas norte y sur confiere unas características productivas a sus agriculturas que tiñe de competencia las relaciones comerciales. La especialización productiva de todos los países mediterráneos, del norte y sur, en frutas y hortalizas, cítricos o aceite de oliva, junto con la importancia que estas producciones tienen en sus intercambios con el exterior, inevitablemente condicionan las relaciones entre las dos riberas y justifican la preocupación surgida en medios agrarios del sur de Francia, España o Italia en los últimos tiempos ante la posible apertura hacia el sur.

Teniendo en cuenta estos condicionantes, y una vez que se va imponiendo la conveniencia de establecer unas nuevas relaciones con la zona a través de un proceso no exento de dificultades, nos debemos plantear la importancia que tiene para España, y en particular para su agricultura, esta nueva política así como el papel que puede jugar nuestro país en su establecimiento.

En primer lugar, a los factores que empujan a la Unión Europea a mantener un equilibrio con la ribera sur del mediterráneo, se unen en nuestro caso los derivados de nuestra posición geográfica. Sin un equilibrio hacia el Sur, la futura ampliación hacia el Este y Centro de Europa agudizaría nuestra posición periférica, de frontera meridional de Europa, con el

consiguiente riesgo de aislamiento en la orientación de la política europea. Pero además nuestra posición ha constituido, por razones históricas y culturales, un punto de unión entre los dos mundos.

Nuestras relaciones con el norte de Africa han estado plagadas de la ignorancia y en muchas ocasiones de un miedo a lo desconocido. La ausencia de una estrategia global de relaciones con estos países ha llevado a que en numerosas ocasiones, la percepción de estas relaciones se haya restringido a las mantenidas con Marruecos y en particular a sus aspectos más conflictivos: pesca y frutas y hortalizas.

En el nuevo escenario de relaciones se hace ineludible la definición de una estrategia nacional que contemple la globalidad del problema y no únicamente, y de una forma aislada, estos aspectos más conflictivos.

Para ello, es necesario un mayor conocimiento de la realidad de estos países, un acercamiento que nos permita determinar nuestras oportunidades en un marco de relaciones basado en el establecimiento de objetivos conjuntos esenciales para el equilibrio global de la cuenca. Es evidente que hay sectores en los que entramos en competencia con nuestros vecinos, pero también es evidente que hay otros sectores para los que somos complementarios. Por otra parte, incluso en los sectores o actividades en las que competimos existen oportunidades favorables para nuestra agricultura.

El miedo a lo desconocido que ha bañado nuestras relaciones las ha plagado de tópicos como el de su gran potencial productivo y su mayor competitividad basada en unos menores salarios, que recuerdan los miedos franceses a nuestra agricultura en los momentos previos a nuestra adhesión. La experiencia debería enseñarnos y ayudarnos a definir nuestro papel en esta nueva etapa. Papel que debería, además, recoger nuestro posicionamiento geográfico, nuestra capacidad de consumo, nuestro desarrollo tecnológico y nuestra capacidad empresarial en unos momentos en que conviene mirar al sur.

2. LOS LÍMITES A LAS VENTAJAS COMPARATIVAS EN LA RIEBERA SUR DEL MEDITERRÁNEO

Existe la creencia o el temor, fundado o no, de que la nueva política euromediterránea y la consiguiente apertura

de los intercambios con esta zona, perjudicará el segmento más competitivo de nuestra agricultura, el de frutas y hortalizas, poniendo en peligro la supervivencia de un significativo número de explotaciones, debido al desplazamiento en los mercados europeos de nuestras producciones por las más baratas procedentes del norte de África, siendo el factor que incide en los menores precios el más reducido coste de la mano de obra (1). Sin embargo, la existencia, en estos países, de ventajas comparativas en producciones intensivas en factor trabajo se ve limitada por la existencia de restricciones que condicionan la competitividad de estas producciones. Aquí nos proponemos poner el acento sobre alguna de estas cuestiones que nos ayuden a determinar el verdadero potencial de las agriculturas de la ribera sur del mediterráneo.

A pesar de la pérdida de peso relativa, lo rural continúa teniendo en estos países una gran importancia, tanto en términos de aportación a la Renta Nacional como en términos de empleo. A comienzos de la década de los 90 en países como Argelia, Egipto, Marruecos o Túnez, la agricultura aportaba por término medio el 15 por ciento del Producto Interior Bruto. La proporción de población activa agraria sobre la total era también elevada y oscilaba entre el 24 por ciento de Argelia o el 32 por ciento de Túnez al 37 por ciento de Marruecos o el 41 por ciento de Egipto. Esta importancia de lo agrario en la economía de estos países persiste en las perspectivas de sus economías para el próximo siglo.

Como señala M. Allaya (1994), una característica común de estas economías, que va a condicionar sus posibilidades futuras de desarrollo, es la elevada presión demográfica sobre la tierra. Las altas tasas de crecimiento demográfico requieren, para lograr el desarrollo, unas tasas de crecimiento del Producto Interior Bruto relativamente altas y difíciles de alcanzar. Por otra parte, este aumento de la población junto con el incremento de la renta inducen un fuerte crecimiento de la demanda de alimentos que tiene repercusiones en la balanza comercial agraria y en la balanza de pagos, además de en las tasas de emigración y en la estabilidad política de estos países.

(1) Fraile Arévalo (1993) señala que el nivel de salarios agrarios en Marruecos es diez veces inferior al de España.

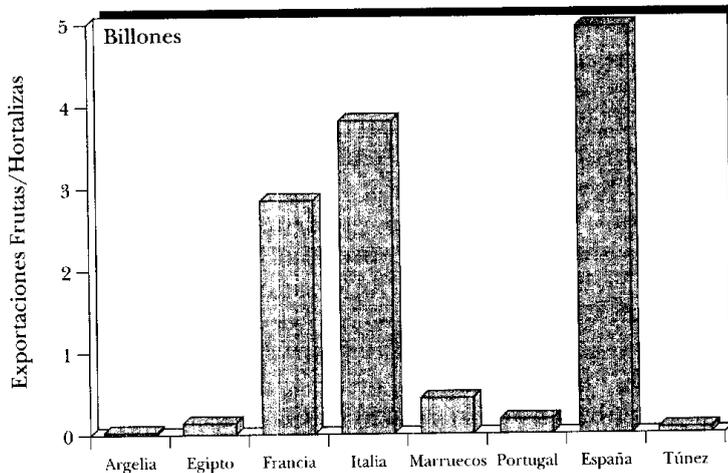
Las necesidades crecientes de alimentos y el déficit en productos básicos plantea de forma continua el recurso a las importaciones y la necesidad de divisas, siendo la agricultura una de sus principales fuentes de obtención. De esta forma se fomenta el crecimiento agrícola a través de la intensificación en el uso de recursos, y en particular del agua. A diferencia de los países de la ribera norte del Mediterráneo, en la ribera sur los regadíos son dedicados casi exclusivamente a cultivos de exportación. Esta especialización de los regadíos en cultivos de exportación, fundamentalmente frutas y hortalizas, y la dependencia de la balanza comercial de estas producciones oculta, en cierta medida, su importancia relativa. Como se observa en los gráficos adjuntos, en que se recogen las producciones de frutas y hortalizas del sur de Europa y de Marruecos, Argelia, Túnez y Egipto, en ninguno de estos países se alcanzan los niveles de producción españoles. En lo referente al comercio las diferencias son más acusadas, según datos de la FAO (2) el valor de las exportaciones de frutas y hortalizas durante el quinquenio 1988/92 de Marruecos, nuestro principal competidor, apenas alcanzaron el 11 por ciento del valor de las exportaciones españolas realizadas durante el mismo período.

Un aspecto derivado de las necesidades alimenticias de estos países, que hay que tener presente cuando se consideran globalmente los intercambios agroalimentarios, es la fuerte dependencia de las importaciones de productos básicos: cereales, azúcar, materias grasas y productos lácteos. La Unión Europea es el principal abastecedor de estos productos, siendo Francia el principal exportador.

El elevado crecimiento demográfico tiene también efectos importantes en el mercado laboral. Existe una disponibilidad de mano de obra barata y abundante, pero al mismo tiempo escasamente formada lo que, en gran parte, es la causa de una productividad del factor trabajo muy reducida que limita y condiciona la competitividad del sector agrario. Por otra parte, las escasas fuentes de empleo en el medio rural favorecen la concentración y el hacinamiento urbano forzando a la

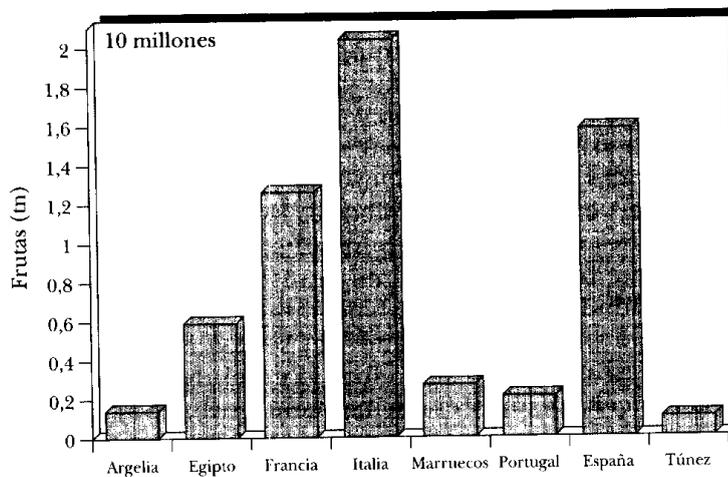
(2) Los datos han sido extraídos del Informe sobre *El Estado mundial de la agricultura y la alimentación*. FAO (1993).

Gráfico 1
Comercio (dólares corrientes). Exportaciones frutas y hortalizas. 1992



Fuente: FAO.

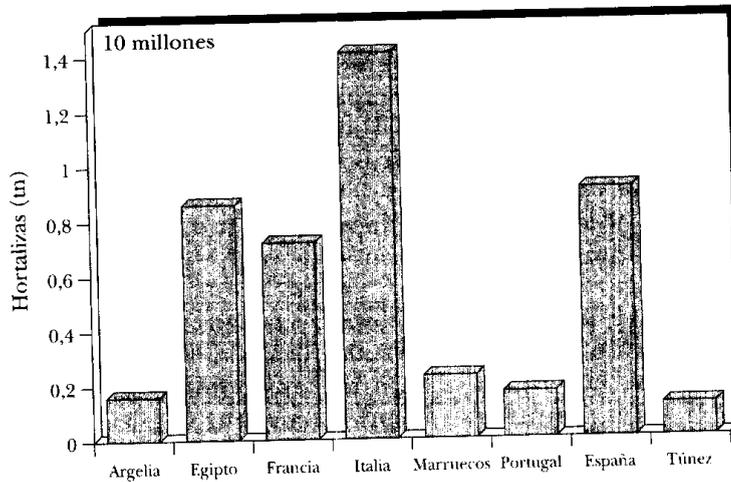
Gráfico 2
Producción de frutas (tn). 1992



Fuente: FAO.

Gráfico 3

Producción de hortalizas (tn). 1992



Fuente: FAO.

emigración, en muchos casos clandestina. Europa se convierte así en el destino deseado de una parte significativa de la población, y España por su especial situación geográfica en destino inevitable o paso obligatorio.

La intensificación agraria impuesta por las necesidades de divisas se ha basado en el uso de un factor escaso como el agua. La escasez de agua es un hecho común en toda la cuenca mediterránea pero es especialmente grave en la ribera sur. Aquí la aridez se agudiza y la falta de agua tiene su expresión máxima en las grandes extensiones de desierto existente en todos estos países. En Egipto, por ejemplo, la totalidad de la superficie cultivada lo es en regadío ocupando el desierto el resto de la superficie del país. M. Lasram (1992) señala los graves problemas de disponibilidad de agua existentes en la zona y la limitación que esto supone para el desarrollo futuro de la agricultura. En ninguno de estos países la proporción de superficie en regadío supera el 10 por ciento de la superficie total cultivada, muy por debajo de cualquier país del sur de Europa, siendo además las posibilidades reales de aumentar

significativamente esta proporción muy limitadas además de muy costosas. La escasez de agua es, quizá, el factor limitante más importante al crecimiento agrícola de estos países. Por otra parte, la intensificación en el uso del agua ha comenzado a plantear problemas de degradación medio-ambiental debido, en particular, a la sobreexplotación de acuíferos y la salinización del agua de riego. Todo ello está planteando la necesidad de mejorar las técnicas de gestión en el uso del agua y la mejora y modernización de las técnicas de riego. De esta forma, la problemática de la economía del agua adquiere connotaciones familiares en nuestro país, aunque quizá más graves.

Por otra parte, las deficiencias estructurales del sector agrario llevan a que el desarrollo futuro del sector se plantee a partir de la modernización de las explotaciones agrarias, con el fin de aumentar su productividad y competitividad. Están en marcha en casi todos estos países programas de reforma estructural de las agriculturas tendentes a potenciar y desarrollar el papel de la iniciativa privada y del mercado en la asignación de recursos. Las posibilidades de lograrlo son, en cierta medida, altas ya que es elevado el potencial de mejora. Sin embargo, como reflejan también otros autores en este mismo número, ningún programa de reforma estructural afecta a la propiedad de la tierra, pilar de las estructuras de poder en estos países, lo cual puede llegar a constituir un elemento de rigidez estructural que ponga en peligro los logros de las reformas emprendidas.

Finalmente un aspecto que no por ser el último es el menos importante al limitar considerablemente la expansión comercial de estos países, se deriva de la creciente mundialización de la economía y la liberalización de los intercambios. En el nuevo escenario, la proximidad geográfica y las diferencias en los costes salariales no son los únicos determinantes de los intercambios. Los avances y desarrollo de la comercialización y distribución de productos agroalimentarios así como de los medios y condiciones de transporte ha puesto en cuestión el tradicional concepto de ventajas comparativas y llevado a basar la competitividad en nuevos parámetros. Un ejemplo lo tenemos en un sector sensible como el de las frutas y hortalizas si tenemos en cuenta el favorable posicionamiento en el mercado europeo de las producciones de los países del norte,

con menores ventajas de tipo natural pero mejor situados en el nivel tecnológico y logístico. También en este sector, la creciente competencia planteada a los países mediterráneos, tanto del norte como del sur, por el hemisferio sur, y que se basa asimismo, además de unos costes salariales reducidos en un dominio de variables tecnológicas, de transporte y de distribución de los productos.

En definitiva las características de la mano de obra, el bajo nivel de modernización de la agricultura, las deficiencias en gestión empresarial, en las redes de comercialización y distribución de los productos, la ausencia o debilidad de una política de calidad, las dificultades para cubrir las necesidades de financiación, logística e infraestructura de servicios son factores que condicionan el desarrollo del potencial productivo de la zona, limitado, por otra parte, por la existencia de unos recursos escasos y susceptibles de degradación.

3. LA AGRICULTURA DE ESPAÑA EN LA PROBLEMÁTICA MEDITERRÁNEA

Encarar la problemática mediterránea significa hoy, más que nunca, enfrentarse a la complejidad. La multitud de factores de todo tipo que se vienen activando en la zona en los últimos años (Bataller y Jordán, 1995) no permiten una aproximación simplista si se pretende ser riguroso y realista en su interpretación. Por ello, analizar los efectos que puede tener para la agricultura española la aplicación de los principios de liberalización comercial internacional y la nueva política mediterránea de la UE exige una reflexión en los planos interno y externo a la vez que en el sectorial y el global.

Por lo que se refiere al enfoque meramente sectorial, el hábito para considerar las ventajas comparativas de las diferentes agriculturas se basa en analizar los componentes fundamentales de la producción: comparar las productividades y las funciones de costes de las actividades y, en todo caso, confrontar las estructuras productivas. A pesar de la utilidad que este enfoque metodológico ha ofrecido durante años ahora se encuentra en cierto desuso ya que casi siempre conduce a visiones parciales y muchas veces distorsionadas. Así, cuestiones tales como el nivel relativo de capital incorporado, la capaci-

dad empresarial, la productividad de la mano de obra o el papel de las instituciones y las sinergias con otros sectores, por no hablar del capital tecnológico y logístico, no siempre son recogidas en la aproximación sectorial. El paso del concepto de ventaja comparativa al de ventaja competitiva (3) obedece, en gran medida, a este tipo de cuestiones.

Efectivamente, estrategias, pactos y enfoques supranacionales parecen ser las palabras clave que mejor se adaptan a los nuevos tiempos. Considerar las repercusiones que puede tener sobre la agricultura española la cada vez más intensa relación con nuestros vecinos del Mediterráneo sur no debe entenderse exclusivamente como un mero problema de nuestra agricultura (y pesca) ni como una indeseable imposición de nuestros socios de la UE. Por eso, el análisis requiere hoy contemplar las economías en su conjunto, considerando el papel que juega el sector agroalimentario en los intercambios totales y su relación con el resto de la economía. Sólo de esta forma se pueden alcanzar conclusiones que sirvan para diseñar estrategias (productivas y comerciales) viables en un escenario internacional caracterizado por la creciente competitividad y la liberalización comercial.

El reciente conflicto por el Acuerdo Pesquero con Marruecos unido al Tratado de Asociación de este país con la UE volvió a reproducir, esta vez en España, muchas de las situaciones que se vivieron en Francia en los años anteriores a nuestra adhesión a la Comunidad Europea: agresiones a camiones, bloqueo de carreteras, movilizaciones sociales y presiones políticas. En este contexto, el proceso de reforma de la Organización Común de Mercado (OCM) de las frutas y hortalizas no ha hecho más que echar leña al fuego sobre nuestro sector agrario volviendo a provocar tensiones en la UE por causa de los sectores mediterráneos y aumentando los recelos del sector por una competencia que no se desea. Así, la «agresiva» competitividad del subdesarrollo constituye el principal elemento de conflicto cuando no se estudia el problema en toda su dimensión. El limitado eco positivo que la Conferencia Euro-mediterránea de Barcelona ha tenido entre los agen-

(3) Entre las referencias sobre el tema resulta particularmente señalada la aportación de Porter (1991), que se encuentra disponible en versión castellana.

tes de nuestro sector productor parece reforzar expresivamente esta tesis.

Pero: ¿existen razones fundadas para esta actitud? ¿Cuál es el alcance del conflicto y cuáles sus posibles soluciones? La respuesta a ambas preguntas depende del nivel a que se haga el análisis y del período de tiempo que se considere para estimar los efectos. En el corto plazo y para los productores españoles de tomate es evidente el peligro que significan las exportaciones marroquíes. Sin embargo, el tiempo ha demostrado que si los agricultores franceses del Midí tenían razones para temer una mayor competitividad en frutas y hortalizas no fueron las producciones españolas sus principales enemigas. Por el contrario el dominio de la tecnología de los procesos de producción y de los canales de comercialización por parte de Holanda y Bélgica resultó, a medio plazo, ser su verdadero rival comercial. Y mientras esto ocurría España veía invertir el saldo de su balanza comercial agraria en favor de los países del Norte.

Parece lógico pensar que nos encontremos ante una situación equiparable. Cambian los países pero parece que la naturaleza de los conflictos y el fundamento de los miedos no lo hace. Basándonos en esta experiencia y asumiendo una perspectiva amplia empezaremos por establecer los que consideramos los principales puntos fuertes y débiles de naturaleza endógena en las relaciones comerciales de la agricultura española con nuestros vecinos más cercanos del sur (4) en el marco de una mayor relación de la UE con el Mediterráneo.

3.1. Factores positivos: las Fortalezas de España

El grado de *formación del capital humano* español constituye uno de los primordiales elementos de competitividad potencial relativa de nuestro sector. La *productividad* de la mano de obra se encuentra en relación directa con su nivel de forma-

(4) Aunque el texto se refiere a las agriculturas del conjunto de países de la ribera sur del Mediterráneo, ha sido inevitable conceder un mayor peso a la realidad marroquí por su mayor nivel de desarrollo relativo en la región y por los avances que está consiguiendo tanto en materia de política interior como de proyección internacional.

ción y ésta es extremadamente más elevada en nuestro país. En los cultivos mediterráneos de primor las exigencias de mano de obra cualificada podrían llegar a suponer un factor limitante en las zonas en las que no se disponga de ella en la cantidad y nivel de formación que requieren los productos que demandan los mercados internacionales.

La *capacidad empresarial* y la *tradición exportadora* en los sectores más dinámicos de nuestra agricultura (frutas y hortalizas principalmente) constituyen otros tantos elementos importantes de ventaja de nuestra agricultura que se pueden transformar en factores de competitividad si se utilizan adecuadamente. La implantación de algunos empresarios españoles en suelo magrebí no debiera interpretarse de forma negativa ya que equivale a las estrategias de expansión de otras empresas europeas tomando posiciones en los países centro y oeste del continente. Renunciar a las posibilidades de este tipo no parece sensato cuando son esas las reglas que imperan en nuestros días y que están utilizando habitualmente nuestro principales competidores. En todo caso habría que hablar de los discutibles resultados de algunas de nuestras empresas localizadas en el sur, lo que refuerza el factor positivo de la mayor productividad (5) y formación de la mano de obra española.

El mayor *nivel tecnológico* de nuestro país es otro factor diferencial que nos beneficia y que se encuentra relacionado con el primero de los enunciados. El dominio de tecnologías intermedias puede llegar a constituir un elemento estratégico de primer orden del complejo agroalimentario español de cara a las futuras relaciones con nuestro vecinos del sur. El riesgo de desactivación de las industrias suministradoras de inputs, que corre paralelo con la crisis general de nuestra agricultura, podría encontrar un punto de inflexión si surgen (o se ganan) mercados que demanden los productos que ofrece este tipo de industrias. De ocurrir así sería posible generar un nuevo proceso de acumulación que permitiese a nuestro sector de I+D iniciar un período de regeneración tecnológica capaz de situar a la parte más competitiva de la agricultura es-

(5) Según un estudio realizado por Michel Labonne en el INRA francés, son necesarios cinco trabajadores magrebíes para hacer lo que hace un trabajador europeo.

pañola al nivel que requiere el marco de competitividad internacional.

La *calidad* de la producción agroalimentaria española constituye también otro factor fundamental de diferenciación positiva que beneficia a las producciones de nuestro país. La calidad es un factor de competitividad indiscutible particularmente importante en los productos de mayor valor añadido (frutas y hortalizas, por ejemplo) y especialmente en los envíos a países de alto poder adquisitivo. Sin embargo esta diferencia no debe conducir a error. En términos comparativos la capacidad del sector español de producir con mejor calidad es evidente cuando se compara con los países del Mediterráneo sur. Pero este elemento diferenciador se invierte cuando la comparación se establece con nuestros socios más desarrollados de la UE. Se trata por tanto de un factor dinámico al que hay que referirse simultáneamente cuando se habla de competitividad desde el sur y/o desde el norte. Hacer valer la ventaja de competitividad con el sur en términos de calidad exige de las transformaciones necesarias para poder entrar en condiciones, al menos de igualdad, en los mercados que controlan los países del norte. No trabajar en esa doble dirección podría anular o reducir la potencialidad del elemento cualitativo de nuestra agricultura.

Junto a los factores de tipo eminentemente sectorial pueden considerarse otros de carácter igualmente endógeno pero que, siendo de tipo horizontal, pueden aportar ventajas especiales a nuestro sector primario. Entre ellos el nivel de desarrollo general de nuestro *sistema económico* constituye la primera de las fortalezas. Las múltiples relaciones que se dan entre las empresas que operan en el Sector Agroalimentario en la actualidad pone de manifiesto la diferencia de potencialidad de un sector en función del grado de desarrollo de su sistema económico. Relacionado con el mismo factor se encuentran también el nivel de madurez institucional del país y la capacidad del sistema financiero, entre otros. Es evidente que todos estos elementos son favorables a España cuando de comparaciones se trata. Por otra parte, la *estabilidad económica y política* de nuestro país constituye otro factor más de ventaja que puede y debe traducirse en fortaleza para nuestra agricultura. Las inversiones para mejora de estructuras productivas y comerciales, la organización de un sistema

potente de I+D, la asunción de innovaciones, etc. son sólo algunos de las acciones que favorecen la competitividad y que se dan en mayor medida en sociedades estables y modernizadas.

Otros factores también importantes que benefician a España por efecto de la casualidad son los que se derivan de la distancia. En primer lugar la *proximidad geográfica y cultural*. La implantación de los musulmanes en buena parte de nuestro suelo por espacio de más de siete siglos ha creado unos lazos culturales con los países del Magreb que no son suficientemente valorados en España. La realidad de este factor positivo sólo se transformará en elemento de ventaja frente a otros países (europeos o de otros continentes) en la medida en que se canalice y desarrolle convenientemente (6). Algo parecido sucede con la proximidad física. Existe pero no se explota. El hecho de ser el *puerto más meridional* de la Unión Europea parece no interesar especialmente a los españoles. O dicho de otra forma: parece que sólo se vea el lado negativo de esta situación y no sus aspectos positivos. Las posibilidades de todo tipo que esto ofrece en una estrategia de largo alcance deben ser convenientemente valoradas. La viabilidad de combinar producciones con servicios a las mismas y constituir un gran centro de mercancías en el sur de Europa bajo iniciativa y capital español sería una de las pocas bazas que podría jugar nuestro país para suavizar las corrientes que, por mor de los intereses comerciales, están trasladando el centro de gravedad de la Unión hacia el noreste.

2. FACTORES NEGATIVOS: LAS DEBILIDADES DE ESPAÑA

A la hora de considerar los factores internos de ambos sistemas que perjudican a nuestro país una de las primeras ideas que aparecen en la mente de todo empresario es el diferencial de *salarios*. Por esta causa bien conocida, que puede llegar

(6) En la Nota de la Secretaría de Estado de Cooperación Internacional (SECIPI), que se incluye en este número, se exponen algunas de las iniciativas del Gobierno español para reforzar las relaciones con los países del Mediterráneo sur.

a significar hasta más de diez veces los salarios agrarios medios españoles, se producen los efectos de menores costes de producción e inmigración ilegal hacia nuestro país. Pero siendo esto cierto conviene tener presente que, de alguna manera, no es tan negativo para España como inicialmente pudiera parecer. Ya hemos planteado que el diferencial de productividad nos beneficia. Pero es que la inmigración está siendo utilizada por empresarios de ciertas zonas productivas en las que la dureza de las labores no es aceptada por los trabajadores nacionales, que están siendo sustituidos por emigrantes africanos. Superando la tentación fácil a hablar de competencia desleal por el empleo la realidad es que esto no se produce. El nivel de logros sociales alcanzado por España, unido al alto grado de subsidiación que se alcanza en algunas regiones del territorio lleva a que no siempre sea fácil disponer de la mano de obra necesaria para un buen número de tareas agrícolas. La contradicción en términos de mera teoría económica radica en que el umbral de disponibilidad a trabajar se encuentra muy por encima del coste de oportunidad por efecto de algunas ayudas sociales. Sin entrar a cuestionar aquí el fundamento y los efectos globales de ese tipo de política (7) lo cierto es que la mano de obra africana puede estar cumpliendo un papel complementario (no sustitutivo) al de la nacional. Por tanto, el diferencial de salarios está permitiendo disponer de mano de obra difícil de obtener en otras circunstancias sobre la que decansa una buena parte de la competitividad de ciertas producciones españolas dedicadas a la exportación.

El menor *precio de la tierra* en los países del sur explica, junto al factor anterior, la instalación de empresarios europeos en suelo africano, con el propósito de ampliar sus explotaciones, diversificar sus producciones o alterar su implantación territorial. Al mismo tiempo el menor coste del suelo es un factor positivo para que las explotaciones de los países del sur del Mediterráneo lleven a cabo los procesos de ajuste estructural que sean necesarios para mejorar su competitividad. En cualquier caso este proceso de transformación requerirá de un stock de liquidez (imposible sin un proceso previo de acumu-

(7) Un análisis de los efectos del Plan de Empleo Rural sobre la agricultura y la economía andaluza puede verse en el trabajo de Ramos y Romero (1994).

lación) y de un marco institucional estable, que no se dan en este momento en la mayoría de países. Por el contrario, en el largo plazo cabría pensar que los precios de la tierra experimentarían procesos de signo ascendente hasta que, según la teoría económica, llegasen a igualarse a ambos lados del Estrecho de Gibraltar: por una parte, una creciente demanda de suelo en el sur debería provocar una tendencia alcista de los precios mientras que, por otra parte, la desaparición de las ayudas directas unida a la reducción del número de agricultores en la UE podría provocar otra nueva fase de reducción de precios en el norte.

En relación con los dos factores anteriores España se encuentra en una *situación desfavorable de partida*. En el sector agrario no son pocos los que piensan que, desde nuestra adhesión a la UE, nuestro país ha tenido que irse adaptando continuamente a diferentes situaciones de «jaque» soportando crisis sucesivas que han generado otros países. Este hecho se ha traducido en otros tantos traumas para el sector español: la excepcional duración del período transitorio, la imposición de las cuotas lecheras, las ventajas otorgadas a los países ACP y mediterráneos mediante tratados especiales, las reformas de la PAC, etc., han ido debilitando a nuestro sector que no ha podido beneficiarse de los períodos de expansión (años sesenta y setenta) que facilitaron la reforma estructural de las agriculturas de los países del centro de Europa. En este sentido la apertura al Mediterráneo y la reforma de la OCM de frutas y hortalizas ponen de manifiesto algunas de las debilidades de nuestro sector. La falta de motivación y la desorientación de muchos agricultores no es la mejor plataforma para iniciar procesos de profundas transformaciones en términos productivos y comerciales con proyección exterior.

La *ausencia de una estrategia agraria nacional* en España, constituye también otra debilidad de nuestro país. Con independencia de los esfuerzos que puedan estar haciendo las Administraciones públicas en sus distintos niveles de competencia territorial es evidente que en España no existe un consenso nacional que relacione agricultura y medio rural con desarrollo nacional como sí ocurre en Francia, por poner un ejemplo. Esta carencia hace más difícil la toma de posiciones de la iniciativa privada para aprovechar las fortalezas y opor-

tunidades que brinda el nuevo escenario de relaciones hacia el sur.

Otro factor negativo complementario del anterior que refuerza sus efectos es la *escasa tradición de internacionalización* de nuestro país. El hecho de haber vivido de una forma bastante aislada desde la pérdida del imperio colonial y las sucesivas crisis políticas y económicas de los siglos XIX y XX impidieron la definición de una estrategia nacional de proyección internacional. Por esa razón nuestro sistema público carece de la tradición con que cuentan otros socios de la UE, en lo que a diseño de una estrategia de presencia internacional efectiva se refiere. Baste como ejemplo que en el momento de nuestra adhesión a la UE España no pudo hacer valer ningún tipo de relación preferencial con los países latinoamericanos, por la simple razón de que no tenían el grado de conexión de Francia con los ACP o del Reino Unido con la Commonwealth.

Las *rigideces del sistema normativo* español constituyen otros tantos elementos de desventaja para nuestra economía y nuestra agricultura en relación con los países del sur. En concreto, la rigidez del mercado y de la legislación laboral comprometen la viabilidad de muchas explotaciones que tienen que competir con las de otros sistemas económicos guiados por el criterio de la flexibilidad. Complementariamente, la creciente concienciación ambiental de la sociedad española se traduce en una normativa cada vez más rigurosa en términos de contaminación y agotamiento de recursos. De hecho, la pérdida de imagen de la actividad agraria en Europa obedece en parte a su componente perturbadora del medio ambiente. De todas formas, como podría llegar a ocurrir con los precios de la tierra, este diferencial de rigidez normativa deberá ir reduciéndose en la medida en que los países del sur se comprometen en procesos de desarrollo socioeconómico homologable por los Estados del norte que apoyen dicho proceso.

Otro elemento negativo lo constituye la *rigidez nacional* frente a las *inversiones*. La especial importancia de este factor radica en su papel de transformar factores positivos en negativos. Es decir, en la dificultad añadida que supone para poder aprovechar los factores positivos del sistema mediante las inversiones necesarias para canalizar las oportunidades y ventajas detectadas por la iniciativa privada.

MATRIZ DAFO DE LA AGRICULTURA ESPAÑOLA FRENTE A LA INTEGRACIÓN DEL MEDITERRÁNEO

<p style="text-align: center;">DEBILIDADES</p> <ul style="list-style-type: none"> - Salarios - Precio de la tierra - Rigidez del mercado y legislación laboral - Rigidez institucional para las inversiones - Posicionamiento desfavorable de partida - Ausencia de estrategia nacional agraria - Escasa tradición de internacionalización 	<p style="text-align: center;">FORTALEZAS</p> <ul style="list-style-type: none"> - Proximidad geográfica y cultural - Desarrollo tecnológico - Modernización del sistema económico - Capacidad empresarial - Cultura de exportación (sectorial) - El puerto más meridional de la UE - Grado de formación del capital humano - Productividad del trabajo - Estabilidad económica y política - Calidad de producción
<p style="text-align: center;">AMENAZAS</p> <ul style="list-style-type: none"> - Competidores en productos mediterráneos - Fuga de inversiones - Posicionamiento (mayor agresividad empresarial) europeo - Acuerdos GATT - Emigración clandestina provocada por la presión demográfica - Acuerdo de asociación con la UE - Importancia destacada del sector agrario del sur - Efectos de los programas de Ajuste Estructural (elimina monopolios estatales) 	<p style="text-align: center;">OPORTUNIDADES</p> <ul style="list-style-type: none"> - Un mercado en expansión - Gran demanda de tecnologías intermedias - Un espacio económico en transición - Progresivo protagonismo de la iniciativa privada - Asociaciones de capital mixto en todo el SAA - Acuerdos GATT - Emigración provocada por la presión demográfica - Miembro de la UE (oportunidades en distribución y comercialización en Europa)

Fuente: Elaboración propia.

4. OPORTUNIDADES EN UN NUEVO ESCENARIO DE RELACIONES

Los aires de liberalización comercial que marcan el fin de este siglo están provocando dos tipos de estrategias de integración que no siempre son excluyentes: las basadas en el multilateralismo y las que apuestan por la regionalización. En su esfuerzo por dinamizar las economías, los países optan por vías diferentes en función de cuestiones tales como su liderazgo tecnológico o sus bajos costes laborales. Naturalmente, las diferencias existentes en este tipo de factores son siempre algo relativo, que cobra un significado u otro en función del país, o conjunto de países, con que se establezca la comparación. Pero no es claro que una de ambas ventajas sea necesariamente mejor que la otra. En buen número de casos depende de

los principales productos y servicios ofrecidos y del tipo de países con los que se comparta el espacio económico próximo. Y por ello, las estrategias que en cada caso sea necesario definir varían con los factores específicos del país.

En nuestros días, el acuerdo GATT y la Organización Mundial del Comercio constituyen el referente básico de proyecto multilateral, en el que los países más avanzados juegan unas cartas de competitividad totalmente diferentes a las de los países en vías de desarrollo. En el anverso, la ampliación de la Unión Europea y las nuevas áreas de libre cambio son ejemplos de la pujanza de la integración regional.

En este ambiente de mundialización de la economía, las naciones con mayor iniciativa (pública en unos casos, privada o mixta en otros) se esfuerzan en diseñar estrategias que mejoren su proyección internacional. Como no es evidente que, con carácter general, el juego multilateral repercuta positivamente sobre el desarrollo de todas las economías y sectores, muchos países se han embarcado en procesos de integración regional. El caso de los países de MERCOSUR constituye un intento reciente de estrategia regional (Ramos et al., 1994) ante el desconcertante futuro al que se enfrentan, por la amenaza comercial que suponen la proximidad del «hermano mayor» y el grado de protección de los mercados europeos.

4.1. Una interpretación del comercio mundial como elemento de desarrollo

Si se acepta la hipótesis de que una mayor fluidez de los intercambios comerciales internacionales puede actuar de motor que dinamice la economía internacional, entonces se hace necesario reflexionar sobre estrategias, espacios y productos susceptibles de jugar ese papel. Así, ciertas estrategias actuales podrían significar la recuperación de algunos principios básicos de las teorías del desarrollo (8). Bajo la interpre-

(8) Las corrientes teóricas que soportan el enfoque de satelización entrelazada que aquí se sugiere son tanto de tipo ortodoxo como heterodoxo. Sin ánimo de exhaustividad pueden citarse las etapas del crecimiento, los modelos duales, la contra revolución neoclásica (caso de los países de nueva industrialización y de los Planes de Ajuste Estructural), o la reformulación de la Revolución Verde, entre las de tipo ortodoxo, y las derivadas del paradigma centro-periferia (con el que se introduce la naturaleza desfavorable de los intercambios para los

tación sintética que se propone, los procesos de integración de tipo regional podrían revelarse como más viables que los de carácter multilateral. En tal caso la formulación de estrategias de desarrollo económico basadas en la creación de áreas regionales, en las que se fortaleciesen los intercambios, parecerían las más recomendables.

Según el enfoque que proponemos el intercambio comercial se podría asimilar con los balances de energía; identificando nivel de energía con grado de desarrollo relativo e intercambio comercial con flujo de energía. Los países de mayor nivel de desarrollo económico son líderes en tecnología y dominan los servicios de logística asociados a dicho liderazgo (por ejemplo: Japón en lo industrial, Francia en la distribución Agro-alimentaria). Como ocurre con la estructura del átomo, el núcleo (país o conjunto de países líder) dispone de una energía capaz de mantener a un cierto número de partículas eléctricas (países satélite) girando en su órbita (comercial-tecnológica). El modelo está en equilibrio si el balance de energía entre sus elementos no se rompe. O dicho en lenguaje económico: tanto si se organiza como un juego de suma cero como si lo es de óptimo paretiano.

Así entendido, la experiencia de relocalización industrial que viven algunos países del tercer mundo, que centran sus principales ventajas comparativas en bajos salarios y débil reglamentación ambiental, será posible siempre que los países desarrollados (propietarios de las patentes) obtengan los royalties correspondientes, exporten los bienes y servicios que precisen para no destruir empleo, y puedan ser los agentes principales en la organización de los intercambios, segmento de mercado en el que se sitúan los bocados más jugosos en términos de valor añadido. Por su parte, la producción comercializable de los países satélites deberá cumplir la doble condición de financiar su proceso interno de modernización, y de generar la acumulación suficiente como para adquirir los produc-

países de la periferia), las de la escuela de la dependencia y las del neoestructuralismo, entre las heterodoxas. Aunque la mayoría de estas corrientes atribuyen a la industrialización el papel central en la dinamización económica del tercer mundo, en el modelo de difusión de Ruttan se concede a la agricultura un papel importante, en la medida en que se siga con ella el ejemplo de otros países avanzados, idea que reaparece a final de los años ochenta. Una referencia cronológica a las diferentes teorías del desarrollo puede encontrarse en Eicher y Staatz (1984) y en Ceña (1994).

tos y servicios que ofrece el núcleo. El modelo estaría en equilibrio siempre que el balance de este intercambio garantizase la energía necesaria al núcleo como para mantener su propio proceso de desarrollo, y engendrarse la energía suficiente como para la expansión del sistema en su conjunto.

Los países de débil nivel de desarrollo dependen necesariamente de los que tienen mayor energía. Por eso, o se sitúan en la órbita de un país núcleo más desarrollado o se condenan a la ayuda de emergencia internacional.

Por otra parte, la energía de los países de un espacio económico depende en gran medida de la energía de su núcleo y de la capacidad de desarrollo del conjunto del sistema. A igual nivel de desarrollo relativo, de dos países distintos el que se sitúe en la órbita de un núcleo de mayor energía gozará de mejores oportunidades de desarrollo. Y ese proceso más dinámico podría llegar a significar que determinado país satélite recibiese tanto nivel de energía que se encontrase en condiciones de saltar de la órbita para migrar a la de otro sistema de más energía o de constituirse en centro de un nuevo sistema de menor energía.

En los casos en que un país disponga de un nivel de desarrollo tecnológico intermedio y que su sociedad se encuentre en un estadio igualmente intermedio de desarrollo, pero se encuentre situado en la órbita de un sistema de gran energía, aparece la oportunidad de constituir un sistema mixto entrelazado. Se trata del caso de los países que han logrado importante mejoras socioeconómicas en los últimos años y que se encuentran integrados en áreas económicas avanzadas. Se trataría en este caso de actuar a la vez como elemento satélite de un sistema dominado por países más desarrollados, y de erigirse en núcleo (en solitario o formando grupo con otros países similares) de un sistema de países de menor nivel de desarrollo relativo. El balance de energía en este supuesto se debería saldar por niveles respetando los principios básicos del equilibrio en el conjunto.

4.2. Las posibles ventajas para España de una mayor cohesión mediterránea

Parece claro que el caso de España corresponde al último modelo descrito en el punto anterior. En efecto, nuestro país

no dispone ni del nivel de desarrollo tecnológico de los estados miembros más avanzados de la UE, ni del nivel de riqueza que han acumulado éstos. En consecuencia importamos una buena parte de productos industriales y tecnológicos de esos países. Incluso vemos empeorar el saldo de la balanza agraria con ellos. Pero nuestro país se ha beneficiado de la energía del norte y, así, ha experimentado un fuerte proceso de crecimiento y desarrollo en los últimos años. La formación bruta de capital fijo, de capital humano, etc. han sido positivas. Y por ello nos encontramos en condiciones de producir y controlar tecnologías de tipo intermedio junto a un buen número de servicios. La crisis de nuestra agricultura y la posible amenaza de las producciones del Mediterráneo sur no pueden ocultar los hechos anteriores. Se trata pues de analizar el problema en su conjunto y de definir la estrategia más conveniente para garantizar un futuro para el sector primario y para el resto de la economía, que aproveche las oportunidades que este tipo de vinculación ofrece.

Desde una perspectiva global es evidente que para España la oportunidad de poder actuar como puerta meridional y núcleo del sur de la UE en las políticas de ampliación no debe perderse.

Ya se ha mencionado el carácter rural de los países del sur del Mediterráneo, que hace a la producción agraria y las actividades con ella relacionadas responsables de la evolución de estas economías. Pero es que, además, las exportaciones de productos agrarios son una partida fundamental en su balanza de pagos, mientras que la escasez de alimentos o su carestía suponen importantes elementos de inestabilidad social de fuertes repercusiones para nuestro país.

El crecimiento de las poblaciones de estos países y la mejora económica de algunos de ellos hace prever un notable incremento de la demanda solvente de alimentos en la próximas décadas. Entre los principales factores limitantes para incrementar la producción en estos países es el agua, por delante de la disponibilidad de tierra cultivable, el que destaca.

En cualquier caso se detecta en la mayoría de países la necesidad de una transformación profunda desde una agricultura tradicional a una agricultura moderna. Este proceso requiere de disponibilidad de divisas, reformas estructurales, apoyo

técnico y soporte institucional, a la vez que garantías de poder acceder a los mercados de las grandes áreas económicas mundiales. Por tanto no parece fácil que estos procesos puedan culminar con éxito en el corto plazo. Así, la colaboración con países más avanzados constituye piedra angular para dinamizar dichos procesos. Evidentemente, la naturaleza de los posibles acuerdos debe satisfacer a ambas partes y garantizar una mayor estabilidad en la región promoviendo el desarrollo equilibrado de los países de la zona.

Francia es el país que más se beneficia de los intercambios con el Magreb (totaliza casi el 40 por ciento de las ventas comunitarias), siendo Argelia su principal cliente. España es el segundo beneficiario de este comercio, mientras que el tercer país en importancia, Italia, está perdiendo cuota de mercado con una fuerte bajada de sus exportaciones a la zona.

Con una población de más de 25 millones de habitantes, Marruecos resulta particularmente importante para Europa. En primer lugar por tratarse de un país que presenta un claro grado de avance con respecto a los de su entorno; tanto en términos de grado de implantación de un proceso de democratización política como modernización económica. En segundo lugar porque la notable importancia relativa de su agricultura contrasta con el bajo nivel de desarrollo de la industria, ofreciendo claras oportunidades de inversión y transferencia de tecnología. En tercer lugar por la fuerte voluntad expresada por su soberano de intensificar relaciones con Europa, y en último lugar porque Marruecos se está constituyendo en interlocutor privilegiado de la zona. Su papel estratégico en lo que a licencias de pesca se refiere le conceden una importancia complementaria para los intereses españoles.

Por todo ello no es casual que Europa sea el origen y principal destino de su comercio exterior. Del total de estas exportaciones (Herrero Belda, 1994), el 30 por ciento aproximadamente corresponde a productos agrícolas. Y de ellos el capítulo de frutas y hortalizas representa por encima del 50 por ciento del total agrícola.

Estos datos sintetizan una parte de lo que constituye a la vez una amenaza y una oportunidad para la economía española. La evidencia global de esta situación se expresa en la evolución de la balanza comercial (Fraile Arévalo, 1993):

BALANZA COMERCIAL MARRUECOS-ESPAÑA
(millones de Dirhams)

	1988	1989	1990	1991	1992
Export (FOB)	2.130	2.349	3.195	3.282	3.600
Import (CIF)	3.063	4.059	4.774	4.939	5.760
Saldo	-932	-1.709	-1.578	-1.657	-2.160

Fuente: Fraile Arévalo (1993).

Analizando el cuadro anterior se aprecia que al incremento de las exportaciones marroquíes hacia nuestro país acompaña una más fuerte expansión de las exportaciones españolas hacia el país alauita. El resultado es un saldo comercial que aumenta cada año en beneficio español. Paralelamente, las inversiones españolas han experimentado un gran incremento en los últimos años, concentrándose en los sectores agrario, pesquero e industrial (especialmente el textil, sector responsable del mayor volumen de exportaciones hacia Europa). No se trata pues de un deseo si no de una realidad que se produce por efecto de la iniciativa privada y a pesar de las innumerables dificultades fáciles de imaginar.

En el lado opuesto, una mayor apertura de las fronteras comunitarias a los productos del Magreb podría crear tensiones en productos tales como tomates, cítricos y pescado. Las exportaciones de tomate de Marruecos al mercado comunitario se encuentran limitadas a ciento treinta mil toneladas (9) entre el 1 de noviembre y el 31 de marzo, con una modulación mensual del contingente que responde a la preocupación expresada por los agricultores españoles en los últimos años.

En definitiva, los términos de competencia y complementariedad podrían resumir el sentido de las oportunidades para las futuras relaciones de España con la ribera sur. Asumiendo nuestra situación de país intermedio en la órbita europea se abren a nuestra economía un buen número de posibilidades

(9) Esta limitación a la entrada de tomates, y otra semejante adoptada con el calabacín, son posibles en virtud del acuerdo del Consejo de Ministros resultado del acuerdo alcanzado con Marruecos al final de 1994 y que pasará a formar parte del texto del Acuerdo de Asociación.

hacia el sur si sabemos jugar el papel de puerta meridional del norte. A este propósito juegan a nuestro favor la proximidad geográfica y la cultural. Actuar de eslabón de enlace, privilegiando las relaciones con Marruecos, supone aceptar de este país un papel equivalente, lo que es sensato y estratégicamente oportuno.

Una vez matizadas las amenazas agrarias (realmente existentes, pero menos generalizables y peligrosas de lo que la opinión pública considera), nuestro país cuenta con la energía suficiente como para aprovechar la oportunidad que se le ofrece. Para ello debería utilizar adecuadamente su diferencial tecnológico, organizativo, institucional y de capacidad empresarial, entrando en operaciones comerciales que permitan a la vez el desarrollo de los países del sur y la apertura de nuevos mercados a nuestras empresas. Interpretar que la competitividad de las producciones mediterráneas es un obstáculo a este planteamiento podría dificultar la difusión de unas estrategias que parecen imprescindibles para la estabilidad de la cuenca y para la expansión de la economía española. □

BIBLIOGRAFÍA

- ALLAYA, M. (1994): «Le Secteur Agricole et ses perspectives a l'Horizon 2000». *Medit*, n.º 1, pp. 4-8.
- ARFA, L. (1994): «Les exportations agro-alimentaires de la Tunisie vers la CE: des performances inégales». *Medit*, n.º 4/94, pp. 24-29.
- BATALLER, F. y JORDAN, J. (1995): «El Mediterráneo sur y oriental y la Unión Europea: Las relaciones comerciales y su entorno estratégico». *ICE*, n.º 744-745, pp. 111-138.
- BENCHARIF, A. (1993): «Les industries agro-alimentaires dans les pays du Magreb». *Medit*, n.º 1/93, pp. 36-46.
- CEÑA, F. (1994): «Planteamientos económicos del desarrollo rural: perspectiva histórica». *Revista de Estudios Agrosociales*, n.º 169, pp. 11-52.
- EICHER, C. K. y STAATZ, J. M. eds. (1984): *Agricultural Development in the Third World*. Ed. Johns Hopkins University Press.
- FAO (1993): *El Estado mundial de la agricultura y la alimentación*. Roma.

- FRAILE ARÉVALO, S. (1993): «El sector agrario en Marruecos». *El Boletín*, n.º 7, pp. 53-59.
- GRIFFIN, K. (1989): *Stratégies de développement*. OCDE.
- HERRERO BELDA, C. (1993): «Las exportaciones agrícolas de Marruecos a la Unión Europea en la década de los ochenta». *ICE*, n.º 735, pp. 155-166.
- JANSEN, W. G. (1993): «Economic agricultural development in West Asia and North Africa». *Food Policy*, diciembre, pp. 507-522.
- LASRAM, M. (1992): «L'Irrigation dans les pays de la region mediterraneenne». *Medit*, n.º 2, pp. 4-9.
- PÉREZ, R. (1992): «Les systemes Agro-industriels mediterraneens: une analyse introductive». *Medit*, n.º 1/92, pp. 4-13.
- PORTER, M. (1991): *La ventaja competitiva de las naciones*. Ed. Plaza y Janés. Madrid.
- RAMOS, E. y ROMERO, J. J. (1994): *Dieciocho Tesis sobre paro rural, subsidio agrario y PER en Andalucía*. Texto de la Comparecencia ante la Comisión de Agricultura del Congreso de los Diputados. Diario de Sesiones: 8 abril 1994. Madrid.
- RAMOS, E.; AGUDELO, H. y GUDIÑO, F. (1994): «De los procesos de ajuste a la inserción internacional: el sector agroexportador en Argentina, Brasil y Chile». *ICE*, n.º 728, pp. 131-144.

RESUMEN

Resaltando las competencias y complementariedad que se da entre las dos riberas del Mediterráneo, el artículo trata en primer lugar de enmarcar los factores que limitan y condicionan la competitividad de las agriculturas de los países del sur, que es donde se sitúa su verdadera potencial. En este marco, se establecen para España los puntos fuertes y débiles existentes en el nuevo marco de relaciones de la Unión Europea con el Mediterráneo. Se concluye resaltando las oportunidades que la nueva situación ofrece a España, como país intermedio dentro de la Unión Europea y como interlocutor privilegiado con la otra ribera. Una estrategia española en este sentido facilitaría la estabilidad de la Cuencia y el crecimiento de la economía española.

PALABRAS CLAVE: Mediterráneo, política comercial agraria.

RÉSUMÉ

Après avoir souligné la compétence et la complémentarité qui existent entre les deux rives de la Méditerranée, les auteurs tâchent tout d'abord d'encadrer les facteurs qui limitent et qui conditionnent la compétitivité des agricultures des pays du sud, qui représentent le véritable potentiel de ces pays. C'est dans ce cadre que sont définis pour l'Espagne les points forts et les points faibles qui existent sur le plan des nouvelles relations de l'Union européenne avec la Méditerranée. Pour terminer, l'article met l'accent sur les opportunités que la nouvelle situation est susceptible de fournir à l'Espagne en tant que pays intermédiaire dans le cadre de l'Union européenne et à titre de partenaire privilégié pour les pays de l'autre rive. Une stratégie espagnole dans ce sens ne manquerait pas de faciliter la stabilité du bassin et la croissance de l'économie espagnole.

SUMMARY

Emphasizing competitiveness and complementariness between the two shores of the Mediterranean, the paper seeks firstly to set out the factors that restrict and condition the competitiveness of agriculture in the southern countries, which is where their true potential lies. In this context, the strengths and weaknesses within the new framework of European Union relations with the Mediterranean are established as regards Spain. The conclusion underlines the chances heralded by the changed situation for Spain, as an intermediate country within the European Union and a privileged partner with the other shore. A Spanish strategy in this respect would promote stability within the basin and Spanish economic growth.